

JOSÉ OJEDA NIETO*

ENCAUZAMIENTOS Y MUDAMIENTOS DEL RÍO SEGURA EN ORIHUELA DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII

RESUMEN

La lucha por impedir los desmadres del río Segura, a fin de evitar las temibles inundaciones, no es algo reciente, comenzó en el momento en que se apreciaron las mejoras del regadío controlado y dirigido frente al regadío proporcionado por la inundación. El presente artículo trata de poner de manifiesto cuáles fueron las actuaciones de los hombres de la Edad Moderna –siglos XVI y XVII, concretamente– en su afán por impedir los desastres de las avenidas. Merecen destacarse los mudamientos del río y las propuestas de ciertos ingenieros que, como las de Melchor (de) Luzón y Juan Antonio Pelegrín, recuerdan a las obras actuales.

PALABRAS CLAVE: Inundaciones, encauzamiento, mudamiento, Segura, siglos XVI y XVII, Melchor Luzón.

ABSTRACT

WATERCOURSES AND CHANGES IN THE RIVER BED OF SEGURA IN ORIHUELA BETWEEN THE XVI & XVII CENTURIES

Fighting against the harsh conditions in the river, in order to avoid the feared floods, is not recent. It began the moment the benefits of watering in control over watering by floods were known. This article shows the efforts of man during the Modern Ages, especially between the XVI & XVII centuries, to subdue the disaster of flooding. It is worth pointing out the “mudamientos” of the river and the plans of some engineers who, like Melchor de Luzón y Juan Antonio Pelegrin, recall current projects.

KEY WORDS: Floods, watercourses, changes in the river bed, Segura, XVI & XVII centuries, Melchor Luzón.

INTRODUCCIÓN

El río Segura, de carácter pluvionival, se halla sometido a la irregularidad e intempestividad pluviométrica propia de las condiciones climáticas del Sureste peninsular¹.

* Instituto de Enseñanza Secundaria El Palmeral. Orihuela. Alicante. jojedanieto@ieselpalmeral.org

Fecha de recepción: marzo 2006. Fecha de aceptación: febrero 2007

¹ GIL OLCINA, A.: «Clima» y «Ríos y ramblas», en GIL OLCINA, A. y UROZ SÁEZ, J.: *Historia de la Provincia de Alicante, I* (1), Murcia, 1985, pp. 47–58 y 87–102, respectivamente.

Destacan, como factor llamativo, las lluvias torrenciales esporádicas, estrechamente ligadas a los equinoccios y en clara relación con el fenómeno de gota fría. Frente a los escasos 300 mm anuales de precipitaciones, bien puede ocurrir que por este mecanismo se produzcan lluvias torrenciales que superen los 100 mm en veinticuatro horas y aún en menos. La secuela de este fenómeno, dependiendo del lugar y amplitud, dará origen a las crecidas o enormes avenidas de agua, en cuyo caso el resultado último será la inundación. Algunas tristemente célebres por los daños humanos y materiales causados.

Las inundaciones del río Segura, y las de sus afluentes, han llamado la atención no sólo en aquellos que tienen por oficio el estudio del clima o de los espacios, es decir, meteorólogos y geógrafos², sino también en quienes tenían por obligación tomar las decisiones para actuar en consecuencia y tratar de paliar sus efectos, cuando no prevenirlos o controlarlos. Las inundaciones, empero, seguían proliferando, pues dependían del fenómeno entonces imprevisible de la gota fría. Cuando ésta desagua en el cauce bajo y medio de la cuenca sólo es posible encauzar la fuerza del agua por un colector que alivie la energía acumulada. La mejora del cauce fue la solución propuesta durante los siglos XVI y XVII.

Si las inundaciones han sido una constante a lo largo del tiempo, también lo ha sido la lucha contra ellas. Prevenir las, en primer lugar, y combatir las, después, ha marcado la línea de actuación de los hombres del Bajo Segura. A cada época histórica le corresponde un modelo, unas formas diferentes de enfrentarse al problema. En la actualidad, para sujetar los *des-madres*, dominan los encauzamientos y la construcción de presas, pero también antaño se discutieron estas posibilidades; que se llevasen o no a cabo dependieron tanto de las capacidades técnicas como de los intereses del momento, mas intenciones y actuaciones no faltaron.

Por otra parte, no se temía a todas las avenidas e inundaciones; bien al contrario, las que aparecían en los equinoccios de primavera y otoño, éstas especialmente, llegaban incluso a ser esperadas. Había inundaciones catastróficas; pero otras eran de aguas lentas, remansadas, que cubrían la huerta con un manto de abono natural: eran los «enrunamientos». Anhelados incluso por el campesino, aunque temidos en cambio por el poblador urbano. Pero en la medida que se avanzó en el control y se regularizó el uso y disfrute del agua, comenzó a despreciarse y aun renegarse del descontrol de la Naturaleza. Se pasó así de los tiempos en que los *´yund`* (de origen egipcio), allá por el siglo VIII, basaban su agricultura en el aprovechamiento de las tierras enrunadas por las inundaciones, práctica agrícola calificada por la historiografía de nilótica³, a la de los tiempos modernos, donde se desea controlar el riego⁴.

² CANALES MARTÍNEZ, G.: «Inundaciones en la Vega Baja del Segura (1875-1925)», en *Avenidas fluviales e inundaciones en la cuenca del Mediterráneo*, Alicante, 1989, pp. 415-433; y JUÁREZ, C., PONCE, G. y CANALES, G.: «Inundaciones en el Bajo Segura. Cronología de una lucha intermitente frente a una amenaza constante (1946-1987)», en *ibidem*, pp. 309-329.

³ DE GEA CALATAYUD, M.: «La construcción del paisaje agrario en el Bajo Segura. De los orígenes hasta la implantación de la red de riego-drenaje principal en el alfoz oriolano», en *Revista de Investigación del Bajo Segura, Alquibla*, nº 1, 1995, pp. 65-99. Del mismo: «La formación y expansión decisiva de la huerta de Murcia-Orihuela: Un enfoque desde la perspectiva de la Orihuela musulmana (Siglos VIII-XIII)», en *Revista de Investigación del Bajo Segura, Alquibla*, nº 3, 1997, pp. 135-217.

⁴ En este sentido deben entenderse las propuestas de ingenieros e inventores de artificios de captación del agua para incrementar el regadío, como la hecha por «Ju[an] Antonio Sala, ingeniero deste Reyno de hazer un Ingenio o bomba [que] saque tanta agua deste rio que baste largamente a hazer [que] las dichas tierras altas den fruto». Juan pedía a cambio el monopolio durante diez años. Archivo Histórico de Orihuela (desde ahora: AHO): Fondo Municipal (desde ahora: F. M.), lib. A-73, f. 685r., año 1565.

En todo caso, si el uso y disfrute del agua se regularizaba y distribuía con minuciosidad, adjudicando tandas y tiempos de riego, era gracias a las obras de control y diversificación de las hilas de agua. Y si esto se había logrado, el control de las avenidas debía seguir el mismo camino. De algún modo habría que sujetar las crecidas e impedir la inundación: bien diversificando el aporte repentino de los aguaceros, bien aliviando cauces y colectores, bien facilitando el desagüe, bien mejorando la pendiente... Objetivos, pretensiones, que también en los siglos XVI y XVII fueron llevados a la práctica como medio para luchar contra las inundaciones. Es decir, ya en el pasado se reconocían las virtudes de un río limpio, recto, encauzado y con diversificaciones del caudal.

INUNDACIONES EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

En el presente estudio no se pretende dar cuenta de todas las riadas. Por otra parte, los documentos se limitaron a dar fe de las graves, aquéllas que causaron desastres, no las innumerables que, a causa del crecimiento primaveral u otoñal, invadían el campo enrunando los suelos. Porque por procedimiento natural o artificial la inundación se producía, pues el propio campesino recurría a romper los «quexers» o brazales de las acequias «p[er]a regar ses propies terres com ha fet en la ultima crecienda... Melchor Garcia»⁵. Este procedimiento, con ser residual, se practicaba todavía en el siglo XVI. Lo malo era que en múltiples ocasiones al labrador se le iba de las manos, y lo que se había hecho con buenas intenciones acababa en inundación. Como le ocurrió a Melchor, que tras abrir el portillo el río no sólo regó sus tierras, sino que se desbordó e inundó toda la Partida de Moquita (zona del margen derecho a la entrada del río en la huerta de Orihuela), por lo que hubo de comparecer ante la justicia. Las inundaciones provocadas, por lo tanto, proliferaban.

Desde el punto de vista meteorológico sería de inestimable valor llevar a cabo una estadística de todas ellas, a fin de conseguir una aproximación al clima de estas centurias, mas los objetivos de este artículo son otros: señalar procedimientos y técnicas de lucha contra las riadas. Es curioso que los documentos municipales hagan referencias siempre a los destrozos causados en los elementos materiales y nunca, o muy de soslayo, de los humanos. Véase, por ejemplo, cómo se insiste en señalar los primeros en el desbordamiento de 1536:

«Lo riu de la ciutat de Oriola es vengut tan cregut en aquest any q[ue] ha anegat y destruhit tots los forme[n]ts, ordis, llins, canems, vinyes y altres fruits... y ha causat tan grans dans q[ue] molts vehins –han quedado– pobils y miserables»⁶.

Por alguna razón, propia de la mentalidad de la época, se insiste en los desmanes materiales, agravándolos incluso cuando se describen para remitirlos a algún organismo o institución con carácter fiscal. Se trata entonces de exagerar los males para rebajar las cargas, los impuestos. Así, en 1651 se escribe a «Su Ex^a el S[en]yor Virrey» y se relata cómo:

«el sabado pasado... catorse –tuvo lugar– una de las maiores calamidades que se pueden imaginar originadas de una inundasion que los nasidos no [h]an visto

⁵ AHO: F. M., lib. D–73, ff. 301–346, año 1597.

⁶ AHO: F. M., lib. A–54, f. 102.

tal... se [h]a llevado la maior parte de las casas de la guerta, vino de las bodegas, aros, borucas (¿) y las mulas de lavor y todo genero de ganados».

Si el mal es tanto, ¿dónde están las desgracias humanas? Al fin el documento añade: «y [h]a padesimo mucha gente en la ciudad»; pero sin dejar de insistir en lo material: y «se [han] caido algunas casas... de suerte señor que [h]a sido segunda peste»⁷. Exageran la situación, especialmente las pérdidas, pues es claro que se persigue el alivio de contribuciones y las ayudas en forma de privilegios que permitan solucionar los desastres. Los fallecimientos son irreversibles, nada puede hacerse, parece pues lógico que se piense en el futuro. Mas las exageraciones no ocultan la realidad, porque las inundaciones, en ciertos años, parecían no acabar nunca, como bien dijeron los testigos de 1635:

«les avengudes d[e]l riu y rambles que comensaren a venir en lo penultimo del any propassat 1634 (*sic*) forem molt essives y continues que duraren fins en gran part del p[rese]nt e corrent any 1635 (*sic*) de tal forma que quant una acabava de venir comensava a tornar altra».

Como el testimonio pecaba de concreción, otro testigo aclararía que las inundaciones habían comenzado en «tots sants», de 1634, y que todavía seguían en el momento de la declaración, superando la docena en seis meses. Al Consell le interesaba remarcar la persistencia de la inundación, pues apreciaba consecuencias más dañinas que en los aguaceros torrenciales. Sus argumentos eran evidentes, las inundaciones largas paralizaban todas las actividades, muy en concreto las de «la mayor part de perçones –que– vihuen y se alimenten ab so jornal que guanen a mondar, cavar, segar, llaurar y altres faenes rustiques»⁸. Los testimonios inciden en las graves consecuencias que acompañan a la inundación persistente, de aquí que los informes carguen las tintas en el tiempo:

«Per quant el Riu de Segura cinch dies ha que ve tan creixent q[ue] estan els convents de Sent Gregorio y S[en]t Sebastia cercats de aygua, [...] en menos de dos meses ha [h]avidio tres»⁹.

⁷ AHO: F. M., lib. A–131, f. 510r., año 1651. El testimonio se refiere a la terrible epidemia de 1648.

⁸ La insistencia en la duración y constancia de este largo periodo de avenidas se manifiesta en todos los testimonios: «Que les avengudes del p[rese]nt any han estat tan continues tan grans y tantes que [h]an durat tant temps que en memoria de homens es ni se [h]a sabut ni oit dir haya succehit». AHO: F. M., lib. D–2.269, ff. 8–413.

⁹ En algunos documentos puede seguirse la riada día a día, verbigracia la de 1669:

31 de marzo: se anuncia la crecida

1 y 2 de abril: se da cuenta del cerco de los conventos de S. Gregorio y S. Sebastián, siendo preciso llevar comida a monjes y monjas.

6 de abril: se anuncia el desastre en el pósito y los cereales que guarda.

10 de abril: ocurre otro tanto con el matadero.

...

Otro ejemplo, la riada de 1672:

8 de enero: el Consell solicita del Obispo y Cabildo que se hagan rogativas «per quant lo Riu de Segura ve tan creixdent que amensana gran Ruyna».

3 de febrero: «gran avenguda del Riu... y va en aument».

4 de febrero: urgen moler trigo no sea que luego no se pueda.

10 de febrero: sigue creciendo.

15 de febrero: convocatoria urgente a causa de la gran crecida.

17 de febrero: sigue creciendo.

AHO: F. M., libs. A–147, ff. 73r–81r.; D–304, ff. 1r–39v.; A–145, ff. 58–66r., año 1667.

Si a la persistencia se une la intensidad, la riada deviene en desastre. Los textos entonces no dejan lugar a dudas, se anotan las desgracias, evidentemente, pero buscan (como texto que se sabe leído por personas con capacidad decisoria) impresionar, insistiendo en la amplitud del desbordamiento: «ha creixant de tanta manera que ve de serra a serra la aygua inundant tota la horta»¹⁰.

Se vivía, pues, pendiente del río, porque cuando no era la crecida era la sequía. Si ésta causaba zozobra, augurando el hambre entre los vecinos tras la mala cosecha, la primera en cambio provocaba pavor. Evidentemente, no estaba en manos de los oriolanos corregir el déficit hídrico, sí parecía estarlo, y así lo creyeron, la corrección de desmanes provocados por las crecidas. De ahí que, desde el punto de vista histórico (en cuanto relación del hombre con el medio) adquiere mayor interés conocer cómo se trataron de prevenir y corregir los efectos y por ende modificarlos, que cuantificar las desgracias. Constatados los efectos, lo importante pasa a ser cómo evitarlos, si es posible, o cómo reducirlos, en último caso. Concluyendo, ¿cómo se defendieron los oriolanos del peligro, imprevisible pero periódico, de las riadas? ¿Qué medidas se adoptaron durante estas centurias?

MÉTODOS PREVENTIVOS

La lógica (lógica teocrática¹¹) de los hombres y mujeres de la etapa moderna vendría a ser: el agua, el aguacero, la terrible riada llega del cielo, dominio del Creador, acudamos entonces a Él. Los oriolanos del dieciséis y diecisiete no podían por menos que tener como primera actuación preventiva el ruego, la oración, las procesiones, cuando en lontananza, por aviso o percepción, veían aproximarse las nubes. Cuando tras otear el horizonte, mirando a las sierras, los nubarrones amenazaban lluvia y hacían presagiar lo peor, llegaba el momento de rezar y pedir ayuda a los santos y en especial a la advocación de Nuestra Señora de Monserrate. Pero se acudía a la intercesión de todos; es decir, que hasta las rogativas y procesiones tenían un orden:

Primero, y antes que nada, a no ser que el tiempo se les adelantase, anular por medio de conjuros los ´malos temporales`. Todos los años, a petición del Consell, un miembro del Cabildo o presbítero designado al efecto debía acudir a la Cruz de la Muela a realizar los conjuros contra los males que del cielo, de los astros y del viento llegaban a Orihuela. Valga un ejemplo por todos, en concreto la orden a:

«Gaspar Aleman –para que– monte a la Mola y pose en aquella palma beneyta y corporals y conjure els termens de la p[rese]nt ciu[ta]t pera que se auyenten les tempestats per conservar els fruits de dits termens y –como además el miedo de este año era mucho, se propuso también que– tinga cuydado de montar als terrats de la Sala del Consell... tots los dies a conjurer dites tempestats»¹².

El conjuro, generalmente, se hacía por mayo, época de verdadera preocupación del gobierno y del pueblo, pues no se olvide que la cosecha estaba próxima. Por eso, aunque

¹⁰ AHO: F. M., lib. A-145, f. 13r., año 1667.

¹¹ Cf., al respecto, la obra de CARO BAROJA, J.: *Las formas complejas de la vida religiosa (Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)*, Madrid, 1978, 622 pp., en especial el capítulo XIV.

¹² AHO: F. M., lib. A-142, f. 59v., año 1663.

las inundaciones eran imprevisibles, las de primavera no tenían parangón dentro de la zozobra que causaban en el vecino.

La segunda parte se iniciaba cuando, a pesar de los conjuros, las nubes comenzaban a asomar por el horizonte despertando entre los vecinos los peores temores: Había llegado el momento de solicitar clemencia. Era hora de que el Cabildo comenzase las rogativas, siempre requeridas por el Consell. Incluso se declaró día de fiesta la onomástica de San Gregorio –16 de noviembre– como patrono antirriadas:

«per raho per les cregudes y enundinaçions del riu Segura q[ue] tant mal causa alguns vegades als vehins... en los fruyts, sembrats... en ses heretats»¹³.

Si al final el desbordamiento se producía, causando los temidos desmanes, se incrementaban ruegos, oraciones, procesiones y se bajaba a la imagen de Nuestra Señora de Monserrate de su ermita a la Catedral, llevándola incluso a los puentes, en ceremonia que se ha conservado hasta épocas recientes. Las plegarias se ampliaban a santos y demás vírgenes en la medida que se agravaba la inundación. Véase cómo, implícitamente, lo cuentan los documentos:

«Memoria de la sera... para alumbrar a Nuestra Señora de Monserrate, la Virgen de Gracia, Nuestra S[eñor]a del Remedio y el glorioso San Gregorio... traydo al puente nuevo y viejo porque venia el Río muy cresido en este mes de Abril»¹⁴.

El tercer paso será pasar a la acción. La riada puede llegar en cualquier momento. Ahora bien, para tomar las medidas oportunas deben conocerse las causas de los desbordamientos. Pues bien, obviada la primera causa –las lluvias torrenciales– cuyo control no está en sus manos, los oriolanos, y así nos lo hace saber el Consell, a tenor de sus actuaciones, achacan las inundaciones a tres factores: primero, la abundancia de árboles, plantas y otros materiales, que invaden las riberas, frenando y aún reteniendo el recorrido del agua. Segunda, la existencia de presas –azudes–, «regolfos», que retienen el agua y la acumulan vertiente arriba. Y, tercera, el perfil curvilíneo del río, el exceso de meandros en la cuenca baja, que frena la corriente y facilita la salida de madre¹⁵. A cada problema una solución.

En concreto, la escasa limpieza del río se señaló siempre como una de las causas de las inundaciones: «aquestos dans se agueren apartat si lo dit riu estiguera net y esbardomat de les moltes parades de arbers qu[e] estan dins lo dit riu». De un año para otro, y más si no se limpiaba, la maleza, los arbustos y los árboles incluso cubrían las riberas, invadían el lecho y entorpecían la corriente. A la vegetación autóctona se unía la arrastrada por la corriente –«y ab la horrura que lo dit riu porta de pins y altres coses»–, acumulándose hasta formar barreras, que desbaratándose bajo la presión del agua anegaban huerta y ciudad. Como se ve, el problema no se ignoraba, y evidentemente se ponían las medidas necesarias para controlarlo. La solución pasaba por tener el río limpio para aligerar la corriente, lo cual requería la urgente retirada del cauce de todo lo que entorpeciese el discurrir del agua.

¹³ AHO: F. M., lib. A– 94, ff. 215r–216v., año 1599.

¹⁴ AHO: F. M., lib. 156, f. 156, año 1657.

¹⁵ Vicentius Vincensi y el jesuita Paulus de Racsas señalan, también en el siglo XVII, las mismas causas generales –y otras más específicas– para explicar las riadas del Júcar. Ved: MATEU BELLÉS, J. F. «La ciència i la tècnica davant les revingudes del Xúquer (1635–1905): Notes preliminars», en *Cuadernos de Geografía*, 32–33, Valencia, 1983, págs. 243–264, concretamente págs. 247–248.

Consciente del peligro, el Consell, ordenaba «esbardomar» todo el río:

«han ordenat q[ue] lo dit riu se haja de netejar y esbardomar del pont de Guardamar o de la mar fins al mollo de Murçia –exigiendo también– tallar la lenya y arbers que y ha en aquell»¹⁶.

El Segura, en la gobernación de Orihuela, tiene un recorrido de «seys leguas»¹⁷, según terminología coetánea. Mantener el cauce en perfecto estado de limpieza suponía un esfuerzo considerable, al que sólo cabía hacer frente bien con la voluntariedad, bien con la obligatoriedad personal o económica de los vecinos. Los procedimientos variaron a lo largo de las dos centurias, según una evolución que puede resumirse del siguiente modo: de la colaboración vecinal¹⁸, que remite a épocas de participación colectiva propias del Medioevo, se pasó a la contratación mediante subasta, lo cual implica una visión económica del problema bajo la óptica mercantilista (o *capitalismo de estado*, según terminología actual) de la Edad Moderna. El paso de una a otra no se realizó de un modo brusco, instantáneo, sino tras largas etapas intermedias donde, de la colaboración altruista, se pasó a la obligatoriedad, de aquí a la contribución de una cuota con la que pagar las cuadrillas de limpieza, y, por fin, a la etapa ´neo-liberalista` de subasta de la limpieza a cambio del aprovechamiento de la leña y madera arrastrada por el río¹⁹.

La contratación aliviaba al pueblo de la sisa, a los regantes de la derrama y al Consell de la organización de cuadrillas y de la recaudación del impuesto. Para más aliciente, lo que otrora fuera una carga, por mor de la contratación mudaba ahora en beneficios, pues el Consell recibía por este procedimiento un dinero muy necesario para amortizar sus deudas. El licitador, por su parte, se encargaba de «esbardomar y netejar» a su costa, quedándose con madera y leña, que después vendería. Aunque ningún documento da cuenta de las ganancias, no puede dudarse de ellas, de otro modo nadie hubiera acudido a las pujas.

EL PROBLEMA DE LOS AZUDES

En 1673 la Ilustre Junta del Río, creada para poner orden en la limpieza y mantenimiento del río²⁰, en situación calamitosa en el último tercio del siglo XVII, señaló, indi-

¹⁶ AHO: F. M., lib. A-54, f. 102.

¹⁷ El documento dice «seys leguas... y dos en ancho [...], aunque por ser poca el agua y muchas las tierras las mas dellas se dexan de sembrar y plantar». AHO: F. M., lib. D- 2.033, ff. 158r-166v., año 1609.

¹⁸ «... a tot ho[me] en general e a cascum en especial –que– a causa dels gra[n]s dans q[ue] lo Riu fa ab les cregudes sia [e]stat ordenat p[er] lo benefici de la p[rese]nt ciutat q[ue] lo Riu sia esbardomat e netegat de forma q[ue] en aquell no y aja arbers ni cosa ne[n]guna q[ue] fasa detenir la aygua –se ordena que todos los dueños– de les heretats en la Ribera e quexers del Riu q[ue] p[er] tot lo p[rese]nt mes de maig... ajén tallada tota la fusta, lenya y altres coses». AHO: F. M., lib. A-50, f. 104, año 1530.

¹⁹ «Capitols ab les quals se ti de arrendar la [e]sbardoma del riu... desde lo mollo d[e] entre la p[rese]nt ciutat de Oriola y la de Murçia fins al po[n]t de Guardamar [...] desde l´aigua fins una braça damunt». AHO: F. M., lib. 1.044, ff. 394r-396v., año 1570.

²⁰ La Junta –Ilustre Junta del Río– se creó hacia 1673, a imitación, probablemente, de la de Murcia fundada un año antes. La integraban 14 miembros: los 2 justicias, los 5 jurados, 2 eclesiásticos en representación del Obispo, 2 canónigos, en representación del Cabildo, el racional, el síndico y un secretario. La Junta entrará en competencia con el sobrecequero: los asuntos de riego para éste, para la Junta los aspectos de más calado que tengan qué ver con el río. AHO: F. M., lib. A-148, f. 131v., año 1673. Sobre la Junta de Murcia ved: SEGADO BRAVO, P.: *Melchor de Luzón (ingeniero, escultor, arquitecto, matemático y cosmógrafo), 1625-1698*, Calamocha, 36 pp.

rectamente, como segunda causa de las riadas de años precedentes la construcción del azud de Alfeitamí (Almoradí). Se atrevía a decir en voz alta lo que todos pensaban, tanto en 1673 como desde los tiempos originarios del regadío: los azudes retenían agua, pero también acumulaban maleza que taponaba la corriente, provocando el desbordamiento aguas arriba y la inundación, por rotura, aguas abajo²¹.

Pero los azudes son necesarios para derivar el agua. Son, pues, fábricas imprescindibles. Solo la retención y elevación de las aguas permite llevarlas más allá de la ribera²². Su construcción es problemática, tanto más cuanto más agua se piense retener. Se enfrentan la dialéctica del deseo –acumular agua– y la técnica hidráulica: a más agua más dificultad para levantar la presa o azud capaz de aguantar la presión y resistir el golpe de la avenida²³. Por todo ello, los azudes –ocho– que retienen el agua del Segura²⁴, precisan de continuas reparaciones, porque al desgaste corriente se une el repentino y catastrófico. En consecuencia, por un lado, se percibían los beneficios, ¿cómo regar las tierras si no elevando el nivel de las aguas? Por el otro, se sentían los graves efectos de los desbordamientos achacados a la retención de las aguas. Esta ambivalencia producía juicios contradictorios entre vecinos y autoridades. Lograba imponerse la visión productiva, de ahí las atenciones constantes a las viejas construcciones y a la edificación de nuevos azudes. Pero llegada la inundación, los vecinos miraban con recelo aguas abajo, porque allí estaba el azud que retenía el matorral, la madera, la broza y embalsaba el agua. Por eso, como se indicó al principio, la Ilustre Junta del Río, culpó al azud de Alfeitamí (construido en las últimas décadas del siglo XVI) de las sucesivas riadas de Orihuela en las séptima y octava décadas del siglo XVII:

«el daño que padezemos... son despues que se frabrico (*sic*) el açud de Alfaytami que es muy moderno y se hizo en tiempos del D[octo]r D. Luis de Ocaña»²⁵.

En resumen, se necesitan azudes, pero en caso de riada constituyen un problema. Y este problema requiere una solución, porque era obvio que sin azudes la huerta no existiría. El dilema, por otra parte, señalaba por dónde habría de buscarse la solución. Si la avenida se producía por la retención de agua, habría que darle salida antes de que reventase. Por de pronto, la solución más sencilla consistía en abrir portillos en el río cuando había señales de peligro (algo que ya se venía haciendo, como quedó arriba descrito). El siguiente paso sería dejar portillos (aliviaderos) abiertos a determinada altura para impedir un embalse excesivo. Esta alternativa, factible y beneficiosa aguas arriba de los portillos, se veía mal aguas abajo, pues los regantes deseaban recoger abundante agua en el «regolfo». Así, Murcia, desde los primeros años del siglo XVI, procuraba abrir portillos

²¹ En 1585 se da cuenta que el azud de la acequia de los Huertos esta aportillado a causa de las avenidas y los golpes «de la fusta qu[e] es porta cascun any p[er] lo Riu de Segura». AHO: F. M., lib. D-2.232, ff. 74r-77v.

²² Que la construcción del azud provocaba opiniones divergentes, siendo utilizadas según conveniencias, podemos verlo también, aunque se salga de la cota del presente artículo, en el siglo XVIII. Cuando en 1722, verbigracia, el Colegio de Predicadores decide construir dos molinos harineros, los Rocamora atacarán con el viejo argumento de que esto incrementará el «regolfo» y favorecerá las inundaciones de la ciudad. AHO: F. M., lib. A-178, ff. 81v-82 r.

²³ Verbigracia, la rotura del azud de Rojales: «en any passat en una molt gran avenguda que feu lo Riu de Segura se feu un portell en lo dit açut de Rojals en molt gran dany y perjuhi dels dits hereters». AHO: F. M., lib. D-71, f. 344v.

²⁴ ROCA DE TOGORES y Alburquerque, J.: *Memoria sobre los riegos de la huerta de Orihuela*, R. S. E. de Valencia, 1832.

²⁵ AHO: F. M., lib. A-148, f. 215r., año 1673.

«entre el heredamiento de Cinco Alquerias y el de Benihel –para evitar– las avenydas deste Rio de Segura». Y Orihuela los cerraba porque a su entender no conseguía el suficiente caudal para regar. Situación contradictoria nacida de dos visiones diferentes que les llevaba a graves enfrentamientos.

La solución, por lo tanto, de los regantes de Murcia o de Orihuela, de aguas arriba o vertiente abajo, consistía en aliviar la presión de agua sobre el azud, y para eso no había otro remedio que desviar el agua a las acequias o, repletas éstas, romper las defensas del río, abriendo portillos en las motas. El agua inundaría las tierras, pero aligeraría el embalse y el peligro. Lo hacían los regantes de Murcia, lo hacía Orihuela, aunque ello provocase un mal a algunos herederos, mas se prefería el mal menor al que por inoperancia o dejadez podía causarse al aumentar el agua, quebrar el azud y dar lugar a la avenida aguas abajo, como las ocurridas (ejemplos del mismo azud) en 1596 y 1619 a causa de la ruptura de la presa del molino de la Ciudad. La primera tuvo lugar al poco de construido, y la causa no fue otra que «la gran copia de fusta y brossa que lo dit riu portava –razón por la que– se haja caygut lo açut de dit moli»²⁶.

La segunda, la de 1619, adquiere documentalmente enorme interés por cuanto explica las razones constructivas y perceptivas de la avenida. Es decir, tras constatar la debilidad del azud, se buscan otras causas. Resulta que en los años previos a 1619 se habían alzado las motas. Llegado el aguacero el río no desagua por el lugar previsto, el agua queda retenida, rompe el azud y produce la inundación. Ante esta situación, el Consell comisiona a los «mestres de Architectura e Ingeniers de Oriola», Pedro Tomás de la Plaza, Juan Tomás y Ginés Méndez, para que investiguen las causas del desastre. Su informe no deja lugar a dudas: la causa primera está en la elevación de las motas, por lo que ordenan «derribar la mota que esta en lo braçal del Rio contigua a les terres de Juan Rodrigues».

Estaba claro lo que se pretendía: «ygualar lo riu –para que– vaja p[er] lo camy que solia anar»²⁷. La investigación de los ingenieros descubría que de nada servían las medidas preventivas si no se mantenían en perfecto estado. Importante eran las motas y los portillos, pero todo era nada si luego se abandonaban. Y así, cuando llegó la avenida se encontró con que «lo trestallador del dit moli estava tancat y sega quant succehy la creguda». O sea, bien los mismos azudes, bien el «regolfo», debían contener unos portillos –«trestalladores»– de emergencia para abrirlos cuando se apreciase peligro de rotura o desbordamiento. Evidentemente debían de estar limpios y bien contruidos, capaces de aguantar la presión.

Lo segundo: construir los azudes con firmeza para aguantar el envite del agua. Pues bien, los ingenieros de 1619 constataron que no era así, razón por la cual la señalaron como segunda causa del desastre:

«La segona causa es p[er] haver trobat poca resistencia en la obra del trestallador –que debiendo hacerse de– pedra y morter –se hizo– ab terra morter casi la mayor

²⁶ AHO: F. M., lib. D-2.252, f. 116r.

²⁷ El documento, bastante explícito, relata con minuciosidad los hechos que ocurrieron cuando a raíz de la orden de desmontar las motas los dueños de las tierras Juan Rodríguez y Tomasa Soria se enfrentan a los vecinos que desmochan el río por sus tierras. Primero intentarán desbaratar lo que hacen los obreros, después increparán a las autoridades, llamándoles «gent baja y ruyn, que no sabien regir ses cases que com sabrein regir la çitatz», hasta que éstas cansadas de oír improprios decidan actuar contra ambos. AHO: F. M., lib. D-2.261, ff. 209r-247v.

part de aquell y haver sols fet la cara y sup[er]ficie de dit trestallador de pedra y morter»²⁸.

Que en 1619 los aliviaderos no paliasen la avenida no significaba su rechazo. Al contrario, «trestalladores y gallardos», bien contruidos, limpios y en perfecto funcionamiento ofrecían, entre otras, una solución plausible para controlar las avenidas. Por esta razón, el Consell, primero, y la Junta del Río, después, alentaron este tipo de construcciones hidráulicas. El problema, sin embargo, no era tanto constructivo como de competencias; pues, por lo general, la administración de las presas corresponde a una localidad que percibe sus efectos de modo muy diferente al de la vecina. Así, en Almoradí no aprecian peligro en el azud de Alfeitamí, sí lo ven en Orihuela, que sostiene lo contrario y defiende la construcción de aliviaderos:

«que en la fabrica de los gallardos que se han de hazer para desaguar el rio tienen utilidad todos los lugares que riegan sus tierras del rio que son: Callosa, Benejuser, Almoradi, Roxales, Guardamar, La Daya, Albatera, Coix, Catral, La Puebla i Redovan –pues del mismo modo, insiste Orihuela– todos sienten –también– el daño de la crezidas».

Almoradí alegará que es un pretexto para modificar, y aún derribar, este azud. Orihuela se defenderá e insistirá en que solo busca el bien de todos, pues las aguas, con la construcción de «trestalladores y gallardos», hallarán salida y se evitará la inundación. La Ilustre Junta dijo más aún: los de Almoradí ven un peligro

«imaginario y ninguno porque los trastaxadores solo han de abrirse en tiempo de avenidas en que sera muy ubilosso para que el agua passe mas apriesa y no se revierta por todas las tierras de los dichos terminos»²⁹.

MEDIOS DE DEFENSA: MUDAMIENTOS DEL CAUCE

Mudamientos en el sistema de riego

Prevenir la riada significaba contar con un cauce capaz de desaguar el exceso de agua llegado de imprevisto. Se abrían portillos y se edificaban «trestalladores» para conducir la y guiarla hacia las canalizaciones que facilitaban el desagüe. Por eso, lo primero, aunque no lo más importante, era poseer una red de canales –de riego– limpios y, sobre todo, de perfil rectilíneo, huyendo de curvas que aminorasen, y aun retuviesen, el discurrir del agua. Acequias, arrobos, hilas y también azarbes se mondan para facilitar el riego. Su proceso, tanto el trabajo como los procedimientos de amortización del costo, era en todo similar al expuesto para el río. Si cabe, se prestó mayor atención a las mondas en los canales de riego que a las del río, como algo que el hortelano veía más próximo.

²⁸ La obra la había llevado a cabo Agustín Bernardino, a quien se reconoce como buen artífice del azud, pero falló en el «trestallador». Al hallar otras causas más de la avenida no se le culpó del desastre. AHO: F. M., lib. D–2.261, ff. 209r–247v.

²⁹ AHO: F. M., lib. A–148, ff. 214r–215v., año 1673.

El otro problema, canalizaciones de fácil desagüe, fácil apertura y cómoda escorrentía, hubo de salvarse poco a poco, según fueron descubriéndose (se diría mejor sufriendo) los problemas. En efecto, los siglos XVI y XVII están llenos de reparaciones en acequias y arrobas, tanto en las boqueras como en el trazado. Aparecen documentadas como mudamientos. Unos forzosos, cuando el río rompía la boquera y urgía trasladarla, mudarla. Otros, en cambio, eran mudamientos voluntarios, por cuanto se llevaban a cabo tras constatar la mejora en el sistema de riego. Los ejemplos son numerosos y en todos se anota el beneficio que se obtendrá con la modificación, fuese de la boquera o del canal; aunque obviamente hay quien aprecia perjuicio y no beneficio.

Veamos una de estas quejas para entender en qué se basaban: Pedro Albero iniciará un pleito contra el síndico de la acequia de Alquibla porque tras comprar

«huna heretat axi orta como terra... en la partida de Arneva –lindante– ab calçada del Pradet, ab lo assarb de Arneba, ab llomes realengues –resulta que– han fet mudament d[e] la çequia de la Alquibla lo qual han posat p[er] mig de la dita heretat del dit P[er]e Albero... y la dita çequia novament mudada resta un troç»³⁰.

Ante las quejas de los particulares, los síndicos de las distintas acequias alegarán su derecho a actuar cuando el bien común está en juego. Por otra parte, los afectados recibirán la indemnización correspondiente³¹. Norma establecida en la ciudad y respetada por quienes velan por las propiedades de los vecinos. Así de claro se lo dijeron a Micer Jordi, que como Pedro pretendía impedir la obra o, seguramente, elevar el valor de las tierras expropiadas. El síndico defendió su actuación, pues respetaba el derecho y mantenía

«la costum e practica de la p[rese]nt ciutat –que– pera fer mudament en çequies se ocupa terra de algun particular –solo– tenen obligaçio de pagar al amo de la terra la valor de aq[ue]lla»³².

Las obras buscan mejorar el bien común; pero no puede evitarse que alguien se sienta perjudicado y pretenda, vía pleito, conseguir una reparación. En todo caso, las obras que intentan «endresar rectes voltes y–levantar– edificis», favorecen el riego y, como veremos, facilitan la salida del agua.

En la segunda mitad del siglo XVI, siglo de pujanza económica, todas las acequias importantes tuvieron reformas de envergadura. Boqueras cambiadas de lugar, modificación del trazado, mudamientos, etc. Las acequias de Callosa (1567, 1586), Escorratell (1581), Moquita (1547, 1561, 1573, 1579, 1583, 1586), Almoradí (1583–1584, 1588, 1590), Alquibla (1549–1550, 1554, 1557, 1579), Puerta de Murcia (1554, 1607), etc., sintieron de un modo u otro los afanes de mejora que acompañaban a este siglo. Modificar el trazado de la acequia exigía, en muchos casos, un nuevo trazado en la red secundaria (arrobas e

³⁰ Pedro defenderá sus derechos demostrando haber pagado las mondas y las contribuciones sobre el «dit troç de terra». AHO: F. M., lib. D–2.219, ff. 2–84, años 1550–57.

³¹ Verbigracia: En 1593 se modifica el trazado de la acequia de Benijófar siendo afectado los frailes de San Agustín, que recibirán 11 libras en concepto de las tierras que les «preguieren de la heretat de Sant Pere Martir... pera fer la cequia de Benijofer». O bien las 60 libras, 7 sueldos que recibe Damián Velarde por 4 tahúllas y 6 brazas «de terra que li an ocupat en la sua heretat en lo mudament fet de dita çequia a raho de quize lliures cascuna tafulla». AHO: Protocolos, lib. 408, s/f., 2 de enero de 1592 y lib. 463, s/f., 21 de agosto de 1586.

³² AHO: F. M., lib. D–73, ff. 265r.–284v., año 1590.

hilas) lo que elevaba necesariamente el coste e incrementaba los problemas con los regantes afectados. Decisión que debía tomarse por votación, tanto por los costes económicos que les supondría como por los intereses de los herederos, pugnando todos por conseguir el mayor beneficio y el menor perjuicio. Así, por ejemplo, las tensiones que surgieron cuando tras haberse modificado el trazado de la acequia del Alquibla hubo que recificar el de la arroba de Masquefa:

«Lo mag[nich] Pere Masquefa –votó a favor de– lo mudament de la arrova... per hon esta determinat per lo Consell de dita arrova es faça. –En cambio Ginés Almodover, Gaspar Martí y Ginés Pamies, votaron que se hicese– p[er] lo quexer de la çequia vella»³³.

Mas, por lo general, dominaba la visión comunitaria. El síndico la hacía valer, dejando constancia del beneficio que redundaría en el regadío pues, como él opinaba, se incrementaban las tahúllas de riego. Un ejemplo, entre muchos, clarificador de la obra que se llevó a cabo cuanto de los bienes beneficiados, puede ser el mudamiento de la acequia de Almoradí en 1583–84, donde se dan noticias incluso de otro anterior, seguramente del de 1576:

«atenent e considerant la penuria de aygua... determinaren de endresar totes les boltes que es troben en dita çequia de Almoradi –y del mismo modo que ya se había hecho– desde la Porta de Callosa fins a lo lloch dels Entrecavalgadors –proponen ahora enderezar– lo cort e bolta que dita çequia te desde la arrova Detell en avant –y– que es faga un mudament del buch de dita çequia [...] –todo en beneficio de– les terres que son mes de six millia tafulles»³⁴.

No cabe dudarlo, las obras en boqueras y mudamientos perseguían la mejora y ampliación del regadío. Eso lo primero, mas los testimonios dejan entrever otras bondades. Algunas, explícitas, remiten a los arreglos viarios, como los casos de las acequias que se mueven porque perjudican, con sus desbordamientos y escorrentías, los caminos³⁵. Pero otras, implícitas, sólo se explican en el interés por aliviar el caudal con canales rectos que permitan la escorrentía rápida. Y esto, aunque no se diga, facilita el desagüe. Las curvas, las vueltas y revueltas en nada o en muy poco perjudican al regadío; pero frenan el agua y favorecen los desbordamientos. Por eso se explicó que lo primero, aunque no lo más importante, era gozar de un trazado rectilíneo en la red de riego. Y esto, como se ha visto, era uno de los medios empleados para controlar las avenidas.

Rectificación de meandros

Otro medio, mucho más importante, de más alto calado, relacionado con el mismo procedimiento de facilitar el escape del agua lo constituyen los mudamientos del río. Dicho de otra manera: encauzar el caudal, rectificar el curso curvilíneo enderezando

³³ AHO: Protocolos, lib. 303, s/f., 28 de octubre de 1593.

³⁴ AHO: F. M., lib. 2.234, f. 444r–v.

³⁵ «Se rehedifica dende lo cami de Urchello fins a la porta del Partit la acequia amunt dels Orts per los orsts de Frances Rois y altres y cami de Cartagena [...] la ciutat de Oriola fa p[er] la exa[m]plar lo cami a espalles del convent de Sent Sebastia». AHO: F. M., lib. D–1.411, ff. 81r–83v., año 1600.

meandros. Y esto en dos sentidos: primero, porque el agua circularía sin el freno del meandro; segundo, porque se eliminaban las curvas por donde el agua saltaba con facilidad e inundaba la tierra. En los siglos XVI y XVII, tanto las autoridades como los vecinos pensaron que ésta era la mejor solución. Y así en 1581, por ejemplo, el Consell se sirvió del mal estado del camino de la Puerta de Murcia para proponer la compra de una tierra «de Franses Peres p[er]a mudar lo riu y apartarlo del dit cami»³⁶; es decir, para rectificar el cauce.

Mas las obras son costosas, por eso se recurre, si es posible, a la iniciativa privada. En el mismo año un vecino, Martín Riera, se ofrece a quitar la «gran bolta» que hacía el río en sus tierras (partida de Moquita), pero a cambio de que se le entregue «el buch del dit Riu... en lo terme de la dita bolta»³⁷. Poco después, entre 1609 y 1610, se lleva a cabo otro encauzamiento a cargo de la iniciativa de don Francisco Rosell y Rocamora³⁸. Y en 1622 se da cuenta de los pagos hechos a Fernando Bonete y Ginés Torner por «la fabrica de la obra de lo mudament del Riu de Segura prop les Anyores del Cami de Murçia», sin dejar claro si los pagos lo son por la obra anterior o por una nueva³⁹.

Pasada la situación crítica que trajo la peste de 1648, se reanudaron los mudamientos, realizados ahora por el propio Consell. Pero no se olvide el motor, verdadero impulsor de unas obras paralizadas durante la primera mitad de la centuria, el incremento de avenidas. Una de esas grandes obras, con efecto sólo parcial, tuvo lugar en 1654, tras comprobar que el río había abierto un portillo tan grande que amenazaba «girarse el riu por dit portell». Las aguas habían inundado la Partida de Moquita, anegando molinos y boqueras, por lo que se tomó la decisión de hacer «mudament en lo dit puesto». Se hizo, pero sólo parcialmente, afectando a la boquera⁴⁰. Esto no solucionó el problema, ni mucho menos, de ahí que en 1663 se retomase la idea y, ahora sí, se llevase a cabo:

«Capitols ab les quals se a de fer El mudament del Riu en la partida del cami de Beniafel prop les terres de Estevan Cobos y cequia de Moquita...»⁴¹.

Pocos años después, en 1667, el río volvió a demostrar su fiereza, rompió por las tierras de Jerónimo Cobos y Andrés Rubira, abriendo dos portillos que obligaron a intervenir a más de 150 hombres para paliar la inundación que anegaba la calle *Mancebía*. A la vista de lo ocurrido, las autoridades municipales decidieron, como primera medida, limpiar el cauce y arreglar los desperfectos de la ribera, y también acordaron otra de mayor calado pues ordenaron que «es faça el mudament d[e]l Riu prop la rotura y portell –haciendo– el buch y estacada que convinga»⁴².

No fue una decisión tomada a la ligera o poco estudiada, sino que se recurrió a llamar una persona experta –Pascual Valero–, porque se trataba de obra extensa que incluía el

³⁶ AHO: F. M., lib. D-2.234, f. 247r-v.

³⁷ AHO: F. M., lib. D-2.234, f. 275r-v.

³⁸ Gracias a un pago de 200 libras, del que dio fe el notario J. Contreras, se descubre esta obra, llevada a cabo por «Macia Cosme Baudell, obrer de vila –quien firmó apoca a don Francisco Rosell y de Rocamora– per raho de altres tantes quantitats que li era deutor de fer lo mudament que [h]avia de fer eo fabricar en lo riu de Segura”. AHO: Protocolos, 524, s/f., año 1610, acuerdo del 24 de agosto de 1609.

³⁹ AHO: Protocolos, P. Cassio, lib. 703, s/f., 12 de julio de 1622.

⁴⁰ El gasto del «mudament del Riu a la part de la çequieta (sic) de Moquita» alcanzó los 117 libras 18 sueldos, más 50 libras por las tierras que fue preciso comprar. AHO: F. M., libs. 134 y 135, ff. 45r-v y 88v, respectivamente.

⁴¹ AHO: F. M., lib. 256, f. a. 38r.

⁴² AHO: F. M., lib. A-143, ff. 58r-66v.

mudamiento, la reconstrucción de presas nuevas y el derribo de las viejas⁴³. La obra tenía un doble interés pues, además del citado, se pretendía aliviar el exceso de agua que acumulaba esta partida, tanto de las propias inundaciones del río como de la que llegaba por el azarbe de Murcia y anegaba la zona, creando un almarjal que hacía impracticable la explotación de estas tierras⁴⁴.

La creación de la Ilustre Junta del Río, dio un nuevo empuje a los mudamientos, no sin necesitar, bien es cierto, de nuevas riadas –muy graves en las décadas de los ochenta– que moviesen los ánimos. De aquí que, en 1683, se requiriese la presencia en Orihuela de Melchor Luzón (o “de Luzón”), «Arquitecto e ingenier de Su Mag[est]r[ad] de la conquista de Cataluña», para estudiar la posibilidad de eliminar o reducir los meandros desde el molino de la Ciudad a la ciudad. Meandros que, como se comprobaría una vez más tras la grave inundación de 1684, facilitaban los desbordamientos. La Junta solicitó la opinión de Melchor, que recorrió y visitó el río, levantó un plano y propuso rectificar el cauce con la solución menos costosa, rechazando otra propuesta (se ignora quién la hizo) más cara pero más efectiva pues preveía un trazado más rectilíneo, como puede apreciarse en el esquema comparativo de los dos trazados (figura 1), extraídos del mapa que adjuntó en el informe.

Obviamente, la proposición de Melchor era la más barata, pero aunque opine que «lo mesmo se gana con la primera buelta –la suya– que con las dos», no es cierto. Cara a futuras avenidas deja nuevamente un meandro cerrado y próximo al molino que causaría problemas (en el anexo se incluyen dibujo e informe de Melchor). Se desconoce cuál de los dos se realizó, si es que alguno tuvo resultado práctico y no quedaron ambos en simples proyectos. Lo que está claro es que los mudamientos –o proyectos– de gran calado, con sus estudios y planos van a convertirse en el objetivo principal de la Junta del Río y del Consell durante la última década del dieciséis. Ya no se cuenta con la buena voluntad del vecino, como en la centuria precedente, sino que se acude a expertos.

El último proyecto de la etapa foral del que se tiene noticia, antes de que la guerra lo paralizase todo, corresponde al que realizaron «Juan Ant[oni]o Pelegrí –maestro de aguas por S. M.– y Miquel Jaraba –maestro albañil». En 1700, siguiendo los pasos del estudio de Melchor, Juan Antonio y Miguel propusieron enderezar todas las vueltas desde el azud de la acequia de los Huertos hasta el molino de la Ciudad, como única forma de evitar las riadas y los continuos desastres que sufrían azud, puente y molino. Dice el texto:

«es deu mudar lo cauce del Riu desde lo Asut de la cequia dels Horts, fins lo dit moli –cruzando tierras que deben comprarse– para que desde lo dit asut... vinga lo riu linea recta»⁴⁵.

Como Melchor, levantaron y presentaron un plano, hoy desaparecido. No obstante, el informe explica con detalle el proyecto⁴⁶, que no es otro que el de eliminar meandros, rectificar el cauce y mudar el río en determinadas curvas.

⁴³ «... derribar la paret que fa portell en la faena de Norma, la paret que esta en front les Torres y la paret que esta en lo pasadat prop lo Aseyt –todo junto al– nou mudament que se ha fet en la partida de la Porta de Murçia». AHO: F. M., lib. A–145, f. 82v. La «Memoria del gasto que yo Marti Fontes he fet... en lo mudament del Riu prop la rotura y portell que hía en les faenes de Geronimo Cobos y Andreu Ribera el qual mudament se ha fet a la part del Rinco de Seca partida de la Porta de Murçia...», en *ibídem*, D–1.419, ff. 434r–442 r.

⁴⁴ Para mayor precisión véase el artículo de BERNABÉ Gil, D.: «Insalubridad y bonificaciones de almarjales en el bajo Segura antes de las Pías Fundaciones de Belluga», en *Revista de Historia Moderna*, n° 17 (1998–99), pp. 45–72.

⁴⁵ AHO: F. M., lib. 163, ff. 37v–38 r.

⁴⁶ AHO: F. M., lib. D–553, ff. 93r–102v., año 1700.

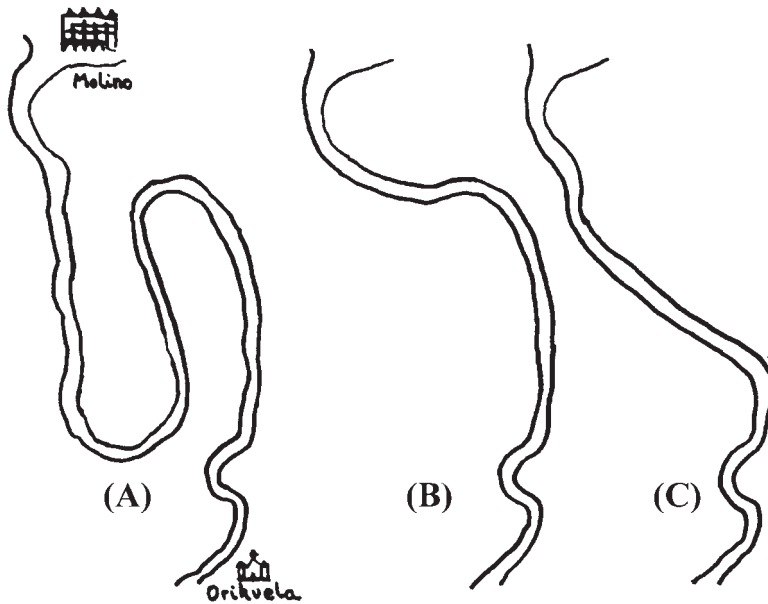


Figura 1. Esquema de los dos trazados propuestos. (A): Situación de los meandros del río entre el molino y la ciudad en 1685. (B): Propuesta de Melchor Luzón. (C): Otra propuesta.

CONCLUSIONES

En resumen, la lucha contra las riadas muestra las siguientes actuaciones: primero, invocar la clemencia Divina. De ahí las rogativas, las procesiones, las oraciones y aun antes los conjuros.

Pero no bastaba con esto, no valía quedarse de brazos cruzados esperando el auxilio Divino. El hombre podía y debía hacer algo, y lo hizo, también, acorde con la técnica y los conocimientos hidráulicos del momento. Nunca pretendió doblegar, ni sujetar siquiera, la fuerza de la Naturaleza, sino ponerse a su disposición. De ahí que, en segundo lugar, se enfrentan a las riadas, en una línea de acción que persigue favorecer la circulación de las aguas. Todas las medidas, tanto las preventivas como las que hubieran de tomarse urgentemente ya con la riada en las puertas, perseguían este objetivo: facilitar el camino del agua hacia el mar. Por lo tanto, las actuaciones se orientaron hacia la limpieza, para favorecer la escorrentía; construcción de motas, para canalizar el agua; abrir portillos, para aliviar la presión, y modificación del trazado –los famosos mudamientos– para facilitar el recorrido del agua y el desagüe.

Durante la Edad Moderna se había propuesto, y llevado a cabo, la construcción de presas y muros de contención con la finalidad de frenar y desviar el agua por aliviaderos,

si bien centrándose en los regolfos de los azudes y en el uso de las acequias como canales de desvío. Pero, era ésta una actuación que se limitaba al recorrido del río por la Gobernación de Orihuela, olvidándose de que la avenida se engendraba aguas arriba y las más de las veces en afluentes y ramblas⁴⁷. Éste fue, frente a las actuaciones positivas, el lado negativo: el olvido –o escasa actuación si es que la hubo– en el resto del cauce.

ANEXO

Informe de Melchor Luzón

(AHO: F. M., Lib. D-2.038, f. 75 r-v, año 1685)

«Melchor Luzon, arquitecto e Injeniero de Su Mag[esta]t de la conquista de Cataluña. Dize que de orden de V[uestra]S[eñoría] le fue mandado viera y reconociera las bueltas del río, desde El molino d[e] esta ciu[da]d [h]asta el portillo o rotura de Mosén Joseph Sans, El día ocho de setiembre d[e] este corriente año 1685. Y de halli (sic) circunda sin corrientes dando las bueltas y buscando la línea a la parte del medio día y d[ic]ho assut, y haviéndolo visto con todo cuydado el mucho peligro que tiene la huerta y arraval de San Agustin y derramando por d[ic]ho punto de rotura corre peligro habrá madre y desahue por esta parte poniendo a la ciu[da]d en mucho cuidado y assí necesita luego remedio.

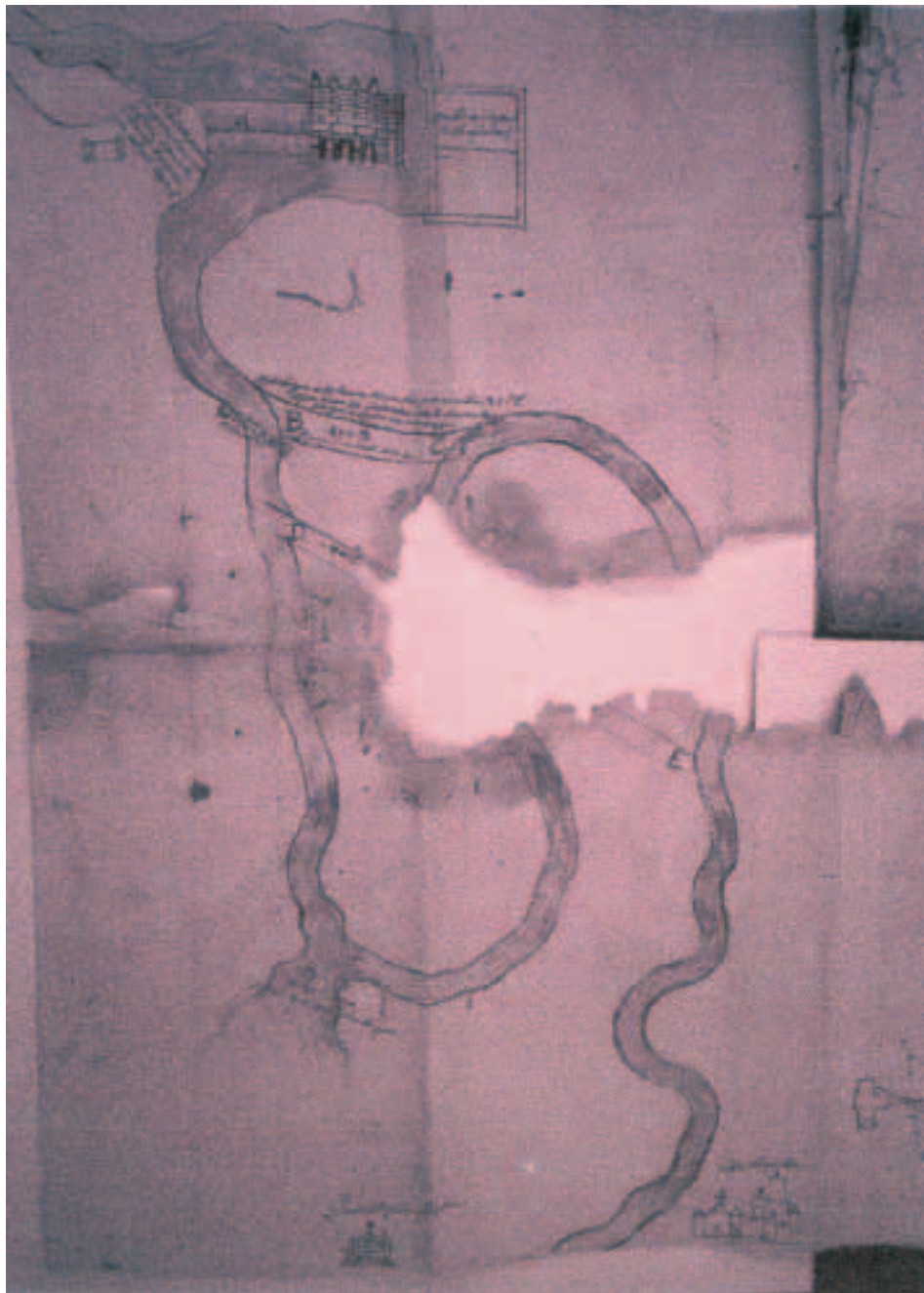
Assí mesmo haviendo visto las bueltas de d[ic]ho río (como van demostradas en este mapa) halla será de mucha conbeniença se habra desde la B. [h]asta C. por ser el tránsito de 100 v[ara]s poco más o menos y se quitan las corrientes de r[í] no vengán al paraxe de d[ic]ha rotura y quedará por esta parte sin peligro la huerta e arraval de San Agustín.

El abrir las dos bueltas en una linea desde D. a la E. es de mucho gasto por tener la primera buelta 80 varas y la 2^a 150 y lo mesmo se gana con la primera buelta que con las dos... pues el fin que se [...]ten para quitar dhas bueltas [...] es para apartar el río de la d[ic]ha rotura será [...] fácil el abrir de la B. a la C. que las dos son dificultosas su execucción.

Advierto a V[uestra]S[eñoría] que el assut de d[ic]ho molino se ha reconoxido y está con mucho peligro, no haga rotura por la parte donde remata que es a la parte del medio día ar[r]imado a la barraca pues no [h]ay desde el agua del río [h]asta la parte de abaxo del d[ic]ho assud seis varas y de mala tierra y tiene hecha concavidad el agua por la parte de abaxo.

Por otra parte es precisso se remedie luego sin dilación alguna porque puede dexar d[ic]ho molino y asud en seco y después no se remediará con muchos millares de ducados, este es mi sentir y lo que devo desir según tengo estudiado y executado en muchas obras en diferentes ríos de España, salvo el mexor hasierto de V[uestra]S[eñoría], fecho en Orihuela, [h]oy a 20 de [septiem]bre 1685»

⁴⁷ Y sin embargo, los mudamientos o actuaciones en la rambla de Abanilla no eran desconocidos: en 1492 los herederos regantes de la rambla –Orihuela, Callosa y Catral– decidieron mudar «certa part de la açarp de Favanela... p[er] hon solia anar antigament», prueba de que bien las actuaciones del hombre bien las riadas le sacaban de su cauce original. AHO: F. M., lib. 34, ff. 200r-201r.



Meandros del río desde el molino a la ciudad y propuesta de mudamiento, según Melchor Luzón, año 1685. (AHO: F. M., lib. D-2.038, f.75r-v).



Propuesta de mudamiento del río por Fr. Luis de Petrel, capuchino, profesor de Matemáticas, a mediados del s. XVIII. (AHO: F. M., lib. D-553, carp. 26, doc. 12).

[18]